

# Mi psicóloga está más loca que yo



**Editorial  
Andrés Bello**

**Av. Andrés  
Bello 5467,  
Santiago  
Centro**

**Traducido al  
español**

**Ilustrador de  
Portada:  
Rodolfo  
Paulus**

**12/01/2013**

**JAVIERA MACHUCA  
PINTO**

La filosofía de vida se  
basa en los  
aprendizajes previos  
que tienes ante ella,  
te entregan  
herramientas claves  
para la sobrevivencia  
propia, en un mundo  
en el cual la  
tecnología está por

*Dedicado a mis padres, quienes siempre  
estuvieron ahí, apoyándome a dejar  
huellas en un mundo, en el cual la  
tecnología estaba por sobre la literatura.*

## Índice

- I. Una poeta a escondidas.
- II. Pasado Pisado.
- III. Nueva Yo.
- IV. Hogar Dulce Hogar.
- V. El espejo distorsiona la realidad.
- VI. Serian felices.
- VII. Una psicóloga vaya al psicólogo.
- VIII. Nuevo Compromiso.
- IX. Sur, dulce, sur.
- X. Adiós soltería.
- XI. El Gran día.

## Prólogo

Trata de la filosofía de vida en la que aprendí a vivir. Hay una gama de grises entre el blanco y

el negro. No todo es color rosa. Las tentaciones que nos depara la vida, están hechas para probarlas, y si cometemos errores, están hechos para arrepentirse. Y ese arrepentimiento, está hecho para perdonar. ¿Por qué no dar una segunda oportunidad a quienes caen?

Es como “El que no haya pecado, que lance la primera piedra”.

La vida es ahora, es como un carrito de montaña rusa, lo tomas como una aventura o simplemente lo dejas pasar. Porque la gente sabe que la vida es corta, pero que es abundante, en todo sentido.

Sólo tienes que aprender a vivir en ella, con ella y para ella. Y así, al fin; encontrarás tu tan buscado destino.

## I. Una poeta a escondidas.

Recién despertando, el sol pega en mi ventana y mis cortinas se balancean de un lado a otro. Me llega el olor a pan tostado de la cocina y el olor a café de la cafetería, ubicada en el primer piso del edificio. Me levanto y prendo la radio, suena mi estación preferida, Play FM. Tomo la bata que está en el sillón verde de la esquina, junto a toda mi ropa. Me pongo las pantuflas, siempre me acuerdo de mi madre que me decía: ¡Javiera! ¡Ponte las pantuflas, para eso las tienes! ¡Las sabanas quedan todas sucias después! Me dirijo hacia el baño, me lavo la cara y las manos. Me enjuago la boca. Me miro al espejo. He cumplido un año más de vida, ya son más evidentes las arrugas y las canas que comenzaron a salir a los 15 años.

No tengo acné, al fin-pienso. Me desperté a las 6 am, con una llamada; la Carolina. Siempre tan atenta, contesto y escucho la voz de la Magdalena y el Maxi cantándome cumpleaños feliz. Supongo que la Marcela, no me ha llamado aun, porque tenía turno, o simplemente yo quiero creer que es por eso.

En fin, voy hacia la cocina, saco la mermelada del refrigerador. Es una mermelada exquisita de sabor damasco. Mi madre, hacia unas mermeladas increíbles, y ahora yo uso la misma receta. La unto en mis tostadas, saco la taza y sirvo café. Suspiro. Me da mucha pena, veo el cuadro de mis padres colgado junto al piano que recupere, me siento en la silla de mimbre y rompo a llorar. Es increíble todo el tiempo que ha pasado-pienso. Los rayos de sol, iluminan mis canas. Afuera esta hermoso, y corre una brisa veraniega. Recuerdo mi casa en Pirque, los álamos, y el sauce. Como olvidar el sauce, me gustaba tomar las tijeras y podarlo o más bien “cortarle el pelo” Recuerdo también, ese columpio al lado del sauce, lo mando a construir mi padre para sus nietos e hijas, y cada vez que las cadenas se desgastaban, él iba y se subía en una escalera a repararlas. La última vez que lo hizo, fue antes de irnos. Suena el teléfono, es la Marce. Me canta el cumpleaños feliz, y cuando le digo gracias se da cuenta que he estado llorando, me reprocha y me dice:

- Javi, quiero que vengas a mi casa a las 19.00 hrs. No llegues tarde y no traigas nada, ¿bien?

Me tomo el café y voy a la pieza, me miro al espejo. ¡Era tan linda cuando tenía 16 años! Suena el celular, no estoy de ánimo para contestar, si es urgente o importante, llamaran de nuevo. Abro las

cortinas, tiro la cama hacia atrás y me tiro encima del colchón, miro el cielo. Dejo que se ventile todo, y me voy a bañar, me visto con lo primero que sale del closet, me amarro el pelo, cojo las llaves y salgo. Cruzo la calle y llego al pequeño mercado, compro un poco de aquí y un poco de allá. Compro pasta, y verduras frescas para acompañarlo. Saludo a mi vecina, la del gato sin cola. Se llama Eva, tiene 58 años y vive con su nieto de 25 años, estudio Diseño Grafico, y esta cesante. Sin embargo, los dos siempre están sonriendo, porque la vida se vive una vez, la señora Eva, siempre me dice eso. Mientras le hace cariño a “Rufes” que es su gato sin cola. Tengo ganas de escribir, pero a mano tal como lo hacía cuando era más pequeña, con una hoja de cuaderno y un lápiz mina. Suena de nuevo el teléfono, es la Sargento N°1, Carolina. ¿Qué quieres? – le digo. Y me empieza a retar porque resulta que la Marce la ha llamado diciendo que he estado llorando. Perfecto, no se puede quedar callada. Me pongo a escribir y dejo el teléfono en manos libres en el escritorio, junto a mis libros. Y me dice:

¡Ya basta de llorar! ¡Ya no eres una niña! ¡Sé que duele, pero la vida sigue! ¡No te echas a morir! ¡Y hoy es tu cumpleaños! ¡Quiero ver una sonrisa en tu rostro! ¿Ok? Sé que ella me consuela, pero ella ha sido la que más ha sufrido, lo esconde pero yo lo sé. Intuición de hermanas. Me vuelve a recordar: ¡Javiera, a las 7 pm donde la Marce! ¡No llegues tarde! Y no lleves nada. Me dice eso, solo porque es mi cumpleaños, porque claro, el año pasado, hice un curso de repostería y cada vez que hacia una torta, tenía que repetir su preparación, en la



casa de la Marce. En la de la Caro. Para sus presentaciones de trabajo, amigos secretos, cumpleaños, para todos sus eventos, tenía que estar yo haciendo tortas. Pero hoy no, hoy es mi día. Que ellas hagan lo que aprendieron de mí. Corto el teléfono. Voy a la cocina y me sirvo un vaso de agua con limón, hago la cama y suena el teléfono. En el día de mi cumpleaños y no para de sonar. Un paciente. Voy a la pieza, abro el closet y saco el uniforme Laura Ashley que me compre con mi primer sueldo. Azul marino, sobriedad ante todo en el trabajo. Me cambio, el vaso de agua lo pongo en una botella, cojo mi celular, un galletón, las llaves de la casa, del auto, de la oficina, el control del estacionamiento y me voy.

Llego al auto, me acorde recién que mi agenda la deje arriba y deje la radio prendida. Como sea, me subo a la camioneta y manejo hasta la oficina. Llego, me bajo, le pongo alarma al auto y comienzo a caminar hacia la entrada de la clínica. De repente, viene saliendo el psicólogo nº1 según él, es el numero 1, según yo es un pobre psicólogo que engaña a sus pacientes, y ni siquiera le gusta lo que hace, sino que lo hace por dinero. Paso cerca de él, me mira y me dice: Javiera, feliz cumpleaños, te llame pero creo que no tenías el celular a mano. Él fue el que me llamo – pienso. Sigo caminando como si nada hubiera pasado, y cuando llego al ascensor, y este se cierra comienzo a gritar como loca. Justo se abre el ascensor en el piso 6, y esta mí paciente mirándome perplejo. Me dice: “Creo que mi psicóloga está más loca que yo” y me sonrío. De ahí viene el titulo, Luis es el creador de mi título, todos los aplausos para él.

Abro la oficina, cálida y esta la radio prendida, ese afán mío de dejar la radio prendida- pienso. En fin, suena la radio Beethoven, la dejo. En eso, entra el Benja, futuro psicólogo de 23 años, cabello castaño, alto, ojos pardos, ABC1, hace deporte, vista vaga, algo egocéntrico, de derecha, ha viajado por toda Europa, y siempre me está halagando. Se queda parado en la puerta, mirándome y me dice: ¡Feliz cumpleaños! Gracias le digo, pero tengo que atender ahora. Y él, sabe que es una forma indirecta de decir: ¡Fuera de mi oficina! Adiós me dice y se retira, cierra la puerta a sus espaldas. Mi paciente, Luis de 26 años, trabaja en una empresa de call center, situación económica: regular, tiene un hijo pero la custodia la tiene la madre, es separado, le gustan las fiestas, tiene principios de depresión, y personalidad introvertida. Conversamos y él se ríe, me suena el teléfono, lo apago. Y Luis me dice ¿Su trabajo no le quita su tiempo familiar? A lo que yo respondo, instantáneamente: “La sociedad en la que vivimos, apenas si nos deja tiempo para nosotros mismos” y sonrío. Luis es uno de mis pacientes favoritos, por el simple hecho de despedirse con un apretón de manos al irse. Los otros pacientes que he tenido, se han ido reclamando que los psicólogos lo único que hacemos es sacarle plata a la gente y no ayudamos en nada. Sin embargo, no me afecta. Ni menos hoy, que es mi cumpleaños y estoy feliz. Luis me agradece y se va con una sonrisa. Me como mi galletón y quedo pensativa. El Benja aparece nuevamente en la puerta y me dice: ¡Te tengo una sorpresa! Acompáñame. Subimos al ascensor, hasta la azotea; y claro en el quincho